

LA SENTENCIA DE DIOS SOBRE NÍNIVE

Heme aquí contra ti, dice el Señor de los ejércitos. Encenderé y reduciré a humo tus carros, y espada devorará tus leoncillos; y cortaré tu presa de la tierra, y nunca más se oirá la voz de tus mensajeros— Nahúm 2:13

El último versículo del capítulo 2, al igual que el último del capítulo 1, es una transición al siguiente capítulo donde Dios deja claro que todas las amenazas de destrucción están dirigidas contra Nínive. El capítulo 1 menciona a Nínive solo en el versículo 1, y lo que Dios dice allí sobre su venganza y furia es general. Lo más cerca que llega a hablar específicamente de Nínive es en los últimos versículos de ese capítulo, pero allí Él se dirige a Judá. Ahora, Él nombra a Nínive como el objeto de su furia destructora y comienza a dirigirse a ella directamente.

En este último versículo del capítulo 2 y en el capítulo 3, Dios también le dice a Nínive que, aunque su destrucción será causada por la coalición de medos y babilonios, será por su mano y enemistad que Nínive será destruida. Así que él dice en 2:13: “Heme aquí contra ti”.

¡Qué palabra tan aterradora de parte de Dios! Romanos 8:31 dice que si Dios es por nosotros, quien contra nosotros; pero si Dios está contra Nínive, ¿quién podrá ayudar a Nínive o enfrentarse al Todopoderoso? Incluso las fuerzas del infierno y el Príncipe de las tinieblas, aliados de Nínive, están en sus manos, y Nínive misma está completamente indefensa. Dios quemará sus carros con sus aterradoras ruedas de guadaña. Dios enviará su espada contra los leones de Nínive, y si los ninivitas podían cazar y matar leones, ¿quién los ayudará cuando Dios mismo esté contra ellos? Dios tomará la presa de la boca de Nínive, ¿y quién se la devolverá? Dios acallará las voces de los mensajeros de Nínive que anuncian otra conquista y enviará a sus mensajeros (1:15) anunciando que Nínive es ahora la presa.

Pensar en los mensajeros de Nínive nos hace recordar al blasfemo Rabsaces, el líder del asalto asirio contra Jerusalén en los días de Ezequías:

Oíd las palabras del gran rey, el rey de Asiria. El rey dice así: No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar. Ni os haga Ezequías confiar en Jehová, diciendo: Ciertamente el SEÑOR nos libraré; no será entregada esta ciudad en manos del rey de Asiria. No escuchéis a Ezequías, porque así dice el rey de Asiria: Haced conmigo paz, y salid a mí; y coma cada uno de su viña, y cada uno de su higuera, y beba cada cual las aguas de su pozo, hasta que yo venga y os lleve a una tierra como la vuestra, tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas. Mirad que no os engañe Ezequías diciendo: El SEÑOR nos libraré. ¿Acaso libraron los dioses de las naciones cada uno su tierra de la mano del rey de Asiria? ¿Dónde está el dios de Hamat y de Arfad? ¿Dónde está el dios de Sefarvaim? ¿Libraron a Samaria de mi mano? ¿Qué dios hay entre los dioses de estas tierras que haya librado su tierra de mi mano, para que el SEÑOR libre de mi mano a Jerusalén? (Isaías 36:13-20)

A Rabsaces y a su señor, Senaquerib, Dios les dijo: “La virgen hija de Sion te menosprecia, te escarnece; detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalén. ¿A quién vituperaste, y a quién blasfemaste? ¿Contra quién has alzado tu voz, y levantado tus ojos en alto? Contra el Santo de Israel (Isaías 37:22, 23). Dios entonces hizo lo que le había ordenado y puso un garfio en la nariz del viejo león, Senaquerib, y un freno en su boca, y lo condujo de regreso por el camino por donde vino, dejando atrás a su generación de leones, todos muertos, todos los 185,000 de ellos.

Dios se revela en el último versículo de Nahúm 2 como Jehová de los ejércitos, el Señor soberano de todos, a quienes sirven todas las criaturas. El sol, la luna y las estrellas, todos los poderes del cielo y del infierno, las naciones y toda la creación irracional, los

ejércitos de Babilonia y de Media marchan en su ejército y en obediencia a su mandato, y por lo tanto, no hay nadie que pueda ayudar a Nínive. Los mares y las tormentas, los truenos y los relámpagos, todos los llamados poderes de la naturaleza son sus siervos, y nada queda para defender a Nínive. De hecho, el río de Nínive, el gran río Tigris, era siervo de Dios y sería decisivo en la caída de Nínive.

Así es siempre. Cuando Israel luchó contra los cinco reyes cananeos, el sol y la luna se detuvieron en sus lugares a favor de Israel. Cuando Débora y Barac dirigieron a Israel contra Jabín, rey de Canaán, las estrellas en sus órbitas, junto con una mujer y una estaca, lucharon contra Sísara. Todo las cosas son para el pueblo de Dios, pero todas las cosas están en contra de aquellos que no creen. En el caso de Nínive, sin embargo, el sol, la luna y las estrellas no serían necesarios. Los babilonios y el río Tigris, solo algunos de los batallones del gran ejército de Dios, serían suficientes.

Lo que Dios hizo a Senaquerib y a Nínive, lo hará a todos los enemigos de su pueblo y al gran enemigo mismo. Él no solo está en contra de Nínive y su rey, sino también contra todos los que se rebelan contra Él y su Cristo y hacen el mal a su pueblo y a su iglesia. Así, a través del juicio, viene la salvación. Dios usa a estos enemigos para castigar y purificar a su iglesia, y, habiéndolos usado, los destruye, y al destruirlos, otorga a su pueblo paz y liberación eterna.

Nahúm 2:13 recuerda a Apocalipsis 18 y su descripción de la caída final de los reinos de este mundo: “Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; por lo cual en un solo día vendrán sus plagas: muerte, llanto y hambre; y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga” (Ap. 18:7, 8).

Cuando la gran Babilonia caiga, como sucedió con Nínive, se “oír una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación, y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro, porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. Otra vez dijeron: “¡Aleluya!”. Entonces también se cumplirá esta palabra: “Y su humo de ella sube por los siglos de los siglos” (Ap. 19,1-3).

La salvación viene primero a través del juicio, en el juicio que cayó sobre nuestro Salvador en el Calvario. Viene a través del uso que Dios hace de las naciones al castigar a su pueblo. Viene para siempre cuando las naciones son destruidas para la liberación eterna de su pueblo y para hacerles sitio en los nuevos cielos y la nueva tierra. La caída de Nínive es figura de todo esto.